

á las Cortes la concesión ó modificación de los fueros de las Provincias Vascongadas y Navarra, y respetar en sus empleos, grados y condecoraciones á los generales, jefes, oficiales y demás individuos dependientes del ejército de don Rafael Maroto, quienes quedarían en libertad de retirarse á sus casas ó de seguir en el servicio, defendiendo la Constitución de mil ochocientos treinta y siete, el trono de Isabel II y la regencia de Cristina. Las demás cláusulas se referían á la manera de cumplir estas condiciones y á otros particulares de menor importancia, como los de hacer extensivo el convenio á los hombres civiles que se adhirieran dentro del plazo de doce días, y considerar comprendidas en su texto á las divisiones navarra, alavesa y castellana, que á sus prevenciones se acogieran.

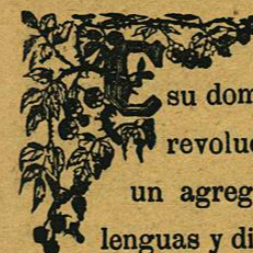
Dadas las ventajas alcanzadas por Espartero, que al frente de su ejército vencedor se hallaba en el centro del campo de operaciones de su enemigo, dividido y desmoralizado, es indudable que el carlismo estaba destinado á sucumbir; mas el convenio de Vergara ahorró mucha sangre y apresuró la solución del problema. Don Carlos, con su familia, traspasó la frontera catorce días después; las provincias se pacificaron, y si bien la guerra continuó en Cataluña y con más vigor en el Maestrazgo, los soldados de Espartero fueron empujando hacia Francia á Cabrera, que sostuvo la causa carlista hasta el seis de Julio de mil ochocientos cuarenta.

Horribles fueron los resultados de esta guerra civil. Un mes después de aquella fecha había en Francia veintiún mil emigrados carlistas, y España era un montón de ruinas, sobre el que se alzaba potente el vencedor, el general don Baldomero Espartero, árbitro de los destinos de su patria.



## CAPITULO VIGÉSIMO-SÉPTIMO

Turquía y la cuestión de Oriente.



ONSTITUIDO por la conquista y limitada la obra del vencedor á afirmar su dominación material, el Imperio Otomano continuaba siendo, al estallar la revolución de Julio, como en buena parte lo es en los comienzos del siglo XX, un agregado de pueblos pertenecientes á distintas razas, que hablan multitud de lenguas y dialectos, profesan diferentes religiones, viven en muy vario estado de cultura y sólo tienen de común su relación de dependencia al sultán, cercana á la servidumbre. Cosa extraña: con ser el mahometano, sin excepciones apreciables, creyente fanático, transigió sin dificultad, así en sus tiempos heroicos como después, con todas las creencias; jamás se opuso á que sus conquistados siguieran profesando la religión nacional; limitóse á exigir respeto á sus prácticas y doctrinas coránicas, de donde resultó, en ocasiones por virtud de ordenamientos legales, la práctica de cierta libertad religiosa. Coexistían por este hecho en el Imperio Otomano el islamismo y el cristianismo, romano en unas provincias, griego en otras; mas sin que ésta coexistencia significara que el cristiano estuviese investido de los derechos del musulmán, el cual era siempre el superior, el privilegiado, el amo. *Rayas*, rebaños, llamaba éste á los cristianos, y como á tales los consideraba y trataba, no permitiéndoles ejercer cargos públicos, ni pertenecer al ejército, é imponiéndoles la obligación de obedecer y pagar las contribuciones. Esta desigualdad convirtió á los musulmanes en señores y propietarios; á los cristianos, en súbditos y arrendadores. Semejante dependencia no impedía á éstos, si embargo, hablar su

lengua, regirse por sus costumbres y aún por sus leyes, vestir sus trajes y hasta constituir nacionalidades.

Cada confesión cristiana, como igualmente la judía, llegaron á formar asociaciones religiosas, bastante fuertes para constituir á manera de entidades administrativas, en las que los primates del clero, patriarcas, metropolitanos y preladados, representantes autorizados de sus fieles y responsables ante el sultán, se convirtieron de hecho en autoridades civiles, encargadas de la justicia y administración. Llegados los días en que el Imperio Turco comenzó á sufrir la ley de las grandes potencias, unas veces por fe religiosa y otras por interés material, fué consintiendo á éstas que tuvieran cónsules en aquellas comunidades, de donde, por sus pasos contados, algunas potencias se declararon protectoras de sus hermanos en religión. Francia, que desde Francisco I viviera en buenas relaciones con Turquía, consiguió ser reconocida como protectora de los católicos, y Rusia, aunque resuelta enemiga de Constantinopla, obtuvo la misma consideración respecto á los cristianos heterodoxos, dándose el extraño y peligroso caso para Turquía de vivir muchos de sus súbditos bajo el amparo de un pabellón extranjero. Estos protectorados vinieron á ser perenne manantial de disgustos para el sultán, muy á menudo expresados en formidables sublevaciones, que sólo hubieran podido evitarse siendo el gobierno turco honrado, justiciero y, sobre todo, paternal, virtudes incompatibles con el despotismo político y religioso propio de los pueblos orientales. Castigada con pena de muerte la apostasía, el pueblo otomano se componía únicamente de mahometanos, que se excedían, por lo general, en cumplir las prácticas religiosas, sin pensar jamás en el dogma ni en la necesidad de ser buenos y honrados. Su gobierno no tenía la menor idea de administración, ni llevaba ningún género de contabilidad. Recaudaba sus impuestos, reducidos á la capitación, que pagaban los súbditos no musulmanes, y á los censos sobre las propiedades y peajes, por medio de arrendadores sin conciencia, cuyas demasías jamás se castigaban, y como los gobernadores adquirían casi siempre sus cargos por el soborno, y ni ellos ni los demás funcionarios administrativos percibían sueldo, ni había quien les fiscalizase, las provincias eran campo abierto á todo linaje de explotaciones, siendo brutalmente castigado el que osaba exhalar la menor queja.

No dejaron de llegar á Turquía, aunque muy atenuados, los principios revolucionarios de fines del siglo décimo octavo, y por su influjo, Mahmud, elevado al trono en mil ochocientos veinte, se decidió á realizar grandes reformas, empezando por la del ejército, encaminada á concluir con la omnipotencia de los genizaros. De acuerdo con los ulemas, ordenó formar un cuerpo regular de *akindje*, soldados en servicio activo, fuerte de siete mil seiscientos cincuenta y un hombres, sacados en número igual de los cincuenta y un *ortas* ó batallones de genizaros acuartelados en Constantinopla, y que habían de equiparse, armarse y organizarse á la europea, bajo la dirección de oficiales del ejército

egipcio. No bien las nuevas tropas comenzaron sus ejercicios, los oficiales y soldados genizaros expresaron su disgusto, que á los tres días tomó las proporciones de sangriento motín. Mahmud, que lo esperaba, ayudado de otras fuerzas, llamadas al efecto secretamente, atacó á los sublevados, los acorraló en sus cuarteles y los ametralló. De seis á siete mil fué el número de los muertos; muchos quedaron prisioneros; el resto se dispersó. Apoyado en el derecho de la victoria, Mahmud abolió el cuerpo de genizaros, la Orden de los derviches, que hicieran siempre causa común con ellos, y las fuerzas privilegiadas de *spahis* y armeros, á cuyas medidas siguió la expulsión de la capital de más de veinte mil vagos y maleantes. En sustitución de los genizaros, organizó, bajo la dirección de su yerno Hussein-Pacha, llamada *tropa victoriosa de Mahoma*, cuerpo de cuarenta mil hombres, y á continuación, reconstituyó las escuelas de marina, de artillería y de ingenieros; fundó una especial para formar oficiales de infantería; mandó hacer trabajos de fortificación, é instituyó, en mil ochocientos treinta y cuatro, un ejército de reserva regular y permanente, compuesto de hombres de veintitrés á treinta y dos años. El gran Molke, que, con otros oficiales prusianos, contribuyó á estas reformas, dijo de ellas en tono zumbón: «Consisten en exterioridades, en nombres y en proyectos; se ha hecho un ejército á usanza europea con túnicas rusas, reglamento francés, fusiles belgas, turbantes turcos, sillas húngaras, sables ingleses é instructores de todas las naciones». A las reformas militares siguieron las civiles, cuya principal fué la disolución del Diván, introduciéndose la costumbre de despachar el Sultán con cada ministro en particular. Dando al olvido los preceptos coránicos, Mahmud bebía vino, vestía á la egipcia, se cortaba la barba, precepto que impuso como ley, proscribía el uso del turbante, daba bailes y conciertos á la europea, hacía publicar, en francés y en turco, el periódico «El Monitor Otomano» y creaba la orden civil y militar del *Nicham-Iftikar*. Pero Mahmud, hombre vulgar, no supo implantar sus reformas, que fueron letra muerta, no sirviéndole siquiera para captarle la consideración del mundo culto.

La desmembración del Imperio Otomano, anunciada en las reclamaciones que griegos y servios representaran ante el Congreso de Viena en demanda de un gobierno nacional, recibió golpe mortal con el triunfo de la insurrección de Grecia y la designación de Leopoldo de Sajonia Coburgo como primer rey de la nueva monarquía, según vimos al final del capítulo vigésimo. Pero Leopoldo, después de meditarlo mucho, acabó por no aceptar, abriéndose así otro paréntesis, de que se aprovechó Capo d'Istria para seguir señoreándose de Grecia. Por su crueldad y por temerse que tramaba poner el nuevo Estado bajo la protección de Rusia, los griegos isleños se sublevaron apoderándose de la escuadra; en tal aprieto, Capo d'Istria pidió auxilio al Czar, quien le envió algunos barcos; antes que rendirse, los sublevados incendiaron su propia escuadra. A los pocos días, Capo d'Istria pereció asesinado. Un hermano suyo quiso recoger su autoridad, y pronto se

vieron dos gobernadores, uno en Nauplia, otro en Megara, apoyado aquél por Rusia, el otro por los enemigos del Czar. A causa de la revolución de Julio, que tuvo algún tiempo suspensa la atención de las potencias, la conferencia de Londres no puso término á esta anarquía hasta el siete de Mayo de mil ochocientos treinta y dos, confiriendo la corona á Othon de Baviera, hijo de Luis I, de menor edad aún, el cual desembarcó á principios del año siguiente en Nauplia, acompañado de un consejo de regencia y de tres mil quinientos soldados bávaros, que relevaron la guarnición francesa.

El gobierno de Othón se consagró á restablecer el orden interior, muy comprometido por las muchas partidas de bandoleros y el sinnúmero de vagos y de rebeldes que hormigueaban en todas partes, triste legado que deja tras sí toda lucha civil. Fijó la capital en Atenas; creó una policía parecida á nuestra guardia civil; organizó una administración á la francesa, dividiendo el reino en *nomos*, *eparkias* y ayuntamientos, gobernados respectivamente por prefectos, subprefectos y demarcas, todos nombrados por el poder central; creó en mil ochocientos treinta y cinco un Consejo de Estado, y dos después, la universidad de Atenas; realizó, en fin, un empréstito de sesenta millones de francos, garantido por las tres potencias, para satisfacer las necesidades públicas de los primeros momentos. Siendo Othón, así como los cortesanos que le acompañaban, «católico apostólico romano, y los helenos, heterodoxos, la lucha entre ambas religiones se planteó inmediatamente, por no parecerles bien á los primeros someterse á la organización de la iglesia griega, bajo la forma rusa de un sínodo, compuesto de cinco prelados y un procurador laico. Esta oposición religiosa suscitó con lamentable frecuencia agitaciones y motines, y contribuyó á dar vida á los partidos políticos, que en Grecia se colocaron bajo los auspicios de cada una de las tres potencias protectoras: el inglés, formado de isleños y cuyo jefe era Maurokordato; el coeto, extendido por la Grecia Central, devoto á Francia, y el *napista*, cuyos individuos, eclesiásticos de Morea en su mayor parte y antiguos amigos de Capo d'Istria, hallábanse estrechamente unidos á Rusia.

Tan afectos eran á la tradición los *napistas*, que, á semejanza de los miguelistas de Portugal y de los carlistas de España, el catolicismo de Othón los llevó al extremo de declararse antidinásticos, pidiendo un rey de su misma religión, heterodoxo. Coincidió su crecimiento con las reclamaciones de Inglaterra y Rusia, que, apremiadas por los suscritores del empréstito, pidieron al gobierno heleno, en mil ochocientos cuarenta y tres, que redujese los gastos públicos en la proporción necesaria para poder satisfacer los intereses de la deuda. Los *napistas*, tomando pie de esta reclamación, arreciaron en sus tiros al monarca, á quien sostuvieron enérgicamente los partidos de Francia y de Inglaterra, en nombre de la necesidad de hacer grandes reformas. Cuando Othón, deferente á la indicación de las potencias, licenció sus tropas bávaras, se le sublevó el ejército nacional, lo que le obligó á separar á sus ministros, convocar una asamblea constitu-

yente y aceptar la constitución que ésta votó, por la que se creaba la responsabilidad ministerial, un senado de real nombramiento, un congreso de diputados, elegidos por sufragio universal, y libertades políticas muy importantes. Desde este punto, Othón gobernó constitucionalmente, sacando sus ministros de las mayorías; pero la activa intervención del gobierno en las elecciones fué causa de polémicas ardientes y de una violencia inconveniente en las luchas políticas. Triunfantes los partidos inglés y francés, la derrota del ruso fué definitiva, y Nicolás I dejó de ejercer la autoridad que le había consentido el gobierno dictatorial de Capo d'Istria. En este estado continuaron las cosas hasta la guerra de Crimea, por consecuencia de la cual variaron los términos de la política helénica.

Mucho menos que la pérdida de Grecia significaba para la Puerta cuanto la sucedía en Egipto. Sin dejar de reconocer la soberanía de Turquía, el pachá Mehemed-Alí había ensanchado notablemente su gobierno, merced á sus dotes de administrador, intolerables en cualquier otro país, muy á propósito en Egipto para hacerse obedecer. Basta pasar la vista por su circular de diez y nueve de Febrero de mil ochocientos treinta y tres, dirigida á sus jefes de distrito: «Recibiste ya orden de enviar sin demora la contribución del mes último de *Shaban*, y aun no la han mandado. Pasó el Ramadán, y todavía la espero. Queda probado que eres negligente, imbécil y burro. Te mando á Canas. No le detengas un solo instante; hazle volver en el acto con la contribución debida hasta fin del último mes. Si le retienes ó tardas en entregarle la totalidad de lo debido, lo pasarás mal; no bien me entere, estate seguro de que te descuartizaré.» Los ingleses, que no querían á Alí, daban publicidad á estas circulares, para mostrar cuanto tenía de odioso el sistema de impuestos de aquel virrey. «En Egipto, hubo de decirse, el suelo en que nace la palmera paga impuesto; las ramas sin fruto, las fibras del tronco, pagan impuesto; las copas de los árboles pagan impuesto; las hojas de las ramas pagan impuesto; los preparadores de dátiles pagan impuesto; los fabricantes de cuerdas de fibra y de esterilla para cestos pagan impuesto; los cestos y las cuerdas están sujetas á tarifa de exportación.» Sin embargo, Mehemed Alí consiguió desarrollar la riqueza agrícola, mejorar las razas de caballos y de corderos, introducir el cultivo de la morera y del algodón, establecer refineries de azúcar y azufre, fábricas y manufacturas dirigidas por ingenieros europeos y, sobre todo, ganarse el afecto de los muchos sabios egiptólogos que iban al valle del Nilo, atraídos por los descubrimientos que tanto habían de ensanchar los horizontes de la historia. A la afición de los europeos á estos estudios Mehemed-Alí correspondía enviando á París y Londres jóvenes egipcios, que estudiaran las leyes, las ciencias, la industria y la civilización de Occidente. En sus días se construyó el canal entre Alejandría y el Cairo; se pensó en el proyecto realizado más tarde por Lesseps, y valiéndose de oficiales franceses, organizó una marina de sesenta á ochenta barcos y un ejército terrestre de doscientos